



SOCIOLOGÍA

Sección española.

EL PROBLEMA SOCIAL

Comparando el inmenso poder que el hombre ha adquirido sobre las fuerzas productoras de la Naturaleza en el último medio siglo, con el estado actual de la producción, algunos se harán á sí mismos la pregunta, que será de aquí en adelante el objeto principal de una economía política científica: ¿Son verdaderamente económicos los medios que ahora se usan para satisfacer las necesidades humanas, bajo el presente sistema de división permanente de funciones y de producción mercantilizada? ¿Conducen realmente á economizar fuerzas humanas, ó no son más que restos perjudiciales de un pasado que, sumergido en la oscuridad, la ignorancia y la opresión, nunca tomó en consideración el mal social y económico del ser humano?

En el dominio de la agricultura puede considerarse como probado que, si una pequeña parte del tiempo que ahora se dedica al cultivo en cada país ó región se emplease en mejoras permanentes del suelo, bien meditadas y ejecutadas socialmente, la duración del trabajo que después se necesitase para producir el pan anual para una familia compuesta, por término medio, de cinco individuos, sería menos de quince días al año, y el trabajo necesario para tal objeto, lejos de ser el del antiguo esclavo, sería un trabajo agradable para las fuerzas físicas de toda persona sana del país.

Se ha probado (1) que, siguiendo el método del cultivo intensivo empleado en las huertas—en parte bajo cristales,—las legumbres y las frutas crecerían tanto, que todos podrían disponer de una gran cantidad de ellas con sólo dedicar al cuidado de criarlas las horas que cada uno dedica voluntariamente á trabajar al aire libre después de haber pasado la mayor parte del día en la fábrica, la mina ó el estudio. Con la condición, naturalmente, de que la producción de las sustancias alimenticias no fuera la obra del individuo aislado, sino el resultado de la acción meditada y combinada de los grupos.

También se ha probado—y los que deseen comprobarlo por sí mismos pueden hacerlo, calculando el verdadero gasto de trabajo empleado últimamente en la edificación de casas para obreros, tanto por los particulares como por los Municipios—que combinando convenientemente el trabajo, de veinte á veinticuatro meses de la-

(1) Nótese que todo lo que se anuncia como comprobado lo ha sido, en efecto, de un modo concluyente y científico en el curso de la obra admirable, de la cual estas líneas son únicamente la conclusión.—(N. de la R.)

bor individual, serían suficientes para proporcionar á perpetuidad á una familia de cinco individuos un departamento ó una casa provista de todas las comodidades que la higiene y el gusto moderno pueden desear.

Y recientemente se ha demostrado con experimentos que, adoptando métodos de educación hace tiempo recomendados y parcialmente puestos en práctica en algunas partes, es muy fácil dar á niños de una inteligencia mediana, antes de haber llegado á la edad de catorce ó quince años, un amplio y general conocimiento de la Naturaleza, así como de las sociedades humanas; familiarizar su entendimiento con buenos métodos, tanto de investigación como de trabajo técnico, é inspirar sus corazones con un profundo sentimiento de solidaridad y justicia humanas. Y es en extremo fácil el dar durante los cuatro ó cinco años siguientes un razonado conocimiento científico de las leyes de la Naturaleza, así como razonado y práctico del sistema técnico de satisfacer las necesidades materiales del hombre. Lejos de ser inferior á los jóvenes «especializados», producto de nuestras Universidades, el sér humano *completo*, educado en el uso de su cerebro y sus brazos, les aventaja, por el contrario, en todos conceptos, especialmente como iniciador é inventor, tanto en lo científico como en lo técnico.

Todo esto se ha probado; es la adquisición del tiempo en que vivimos, adquisición que ha sido hecha á pesar de los innumerables obstáculos arrojados siempre en el camino de todo pensamiento levantado. Es la obra de los oscuros trabajadores del terruño, de cuyas manos, Estados acaparadores, propietarios territoriales é intermedarios, arrebatan el producto de su trabajo, aun antes de que esté en sazón y de obreros intelectuales que muy á menudo caen aplastados bajo el peso de la Iglesia, del Estado, de la competencia comercial, de la inercia del entendimiento y de las preocupaciones de todas clases.

Hoy, en presencia de todas estas conquistas, ¿cuál es el verdadero estado de cosas?

Las nueve décimas partes del total de la población de países exportadores de grano, como Rusia; la mitad de la misma en países como Francia, que vive del producto de su suelo, labran la tierra, en su mayoría, del mismo modo que lo harían los esclavos de la antigüedad, para obtener solamente una ruín cosecha de un suelo que no les es posible abonar, porque la contribución, la renta y la usura tiene á los campesinos siempre al borde de la miseria negra, la cual además les impide mejorar los instrumentos de trabajo.

Al fin de este siglo poblaciones enteras aran con el mismo arado que sus antecesores de la Edad Media, viven en la misma incertidumbre respecto al mañana, y han sido también cuidadosamente privados de educación; y si quieren reclamar su derecho á la vida, tienen que marchar con sus mujeres y sus pequeñuelos contra las bayonetas de sus propios hijos, como lo hicieron sus padres ciento y trescientos años ha.

En países desarrollados industrialmente, un par de meses de trabajo, ó aun mucho menos de eso, sería suficiente para producir á una familia una alimentación vegetal y animal, rica y variada. Y, sin embargo, las investigaciones de Engel en Berlín y las de sus muchos continuadores nos dicen que la familia del trabajador tiene que emplear una mitad, por lo menos, del salario anual (esto es, dar seis meses de trabajo, y con frecuencia más) para proporcionarse el sustento. ¿Y de qué clase! ¿No son el pan y la grasa el único alimento corriente de más de la mitad de los niños de Inglaterra? (1)

(1) Puede aplicarse á los del mundo entero

Un mes de trabajo anual sería suficiente para proporcionar al trabajador una habitación saludable; en tanto que necesita gastar de 25 á 40 por 100 de su salario anual (esto es, de tres á cinco meses de trabajo al año) para obtener una habitación, en general insalubre y demasiado pequeña, la cual jamás llegará á ser suya; pudiendo tener la seguridad de que, al llegar á los cuarenta y cinco ó cincuenta años, será despedido, porque el trabajo que acostumbraba á hacer verás ejecutado por una máquina ó una criatura.

PEDRO KRAPOTKINE.

(Se continuará.)

(Traducido del inglés por Fermín Salvochea.)

LA FALTA DE AMBIENTE

Mucho se habla de la influencia que el ambiente tiene en la constitución moral y física de la personalidad humana, pero poco ó nada se dice de las energías psíquicas y fisiológicas que se pierden por falta de agente provocativo. La causa de esta omisión se encuentra en el estado de las dos ciencias encargadas de estudiar el medio como agente activo y como agente pasivo.

La sociología que podríamos llamar trascendental, para distinguirla de aquella parte que tiene por objeto el estudio y el establecimiento de una sociedad que ofrezca garantías de vida, evoca, en apoyo de que la sociedad actual es una valla puesta al espíritu, las riquezas intelectuales que yacen ignoradas en los cerebros incultos y en aquellos que, aun estando cultivados, no producen lo que podrían producir en otro ambiente.

Nos acercamos tanto al fin, un fin convencional como todos los fines, y al principio, un principio convencional, también, como todos los principios, que ya no existe más que una ciencia como en los tiempos pasados y como en los tiempos futuros; la ciencia natural.

En la naturaleza de las cosas, de las cosas que han contribuido á la formación del hombre, se basan hoy ciencia tan ideísta como la psicología y ciencia tan materialista como la física. Hasta la del Derecho Penal vese invadida por las ciencias naturales, las que, dentro de poco, habrán hecho del hombre y de sus dolencias, de las cosas y de sus propiedades, un solo libro.

La Medicina une al químico con el médico; la criminalología el médico con el abogado. Sondad las bases que sostienen al fisiólogo, al psicólogo, al físico, al sociólogo, etc. Con la sonda hallaréis un punto casi imperceptible, que es el origen de todas las ciencias psiquisiosociológicas, la célula.

Desde el día aquel en que se estudió al hombre como un organismo compuesto de muchas partes, cada una de las cuales estaba constituida en infinidad de organismos, las ciencias extranaturales anunciaron la decadencia, que llevan á cabo con una rapidez consoladora.

Hay quien ve en esta corriente hacia el positivismo científico-sociólogo una descensión de nuestras facultades superiores, llamando superiores á aquéllas que nunca tuvieron otra condición que el orgullo, la falsía y la ignorancia. Nosotros entendemos que al reducirse la ciencia á los goces y á la necesidad de la vida real, pues hay tam-

bién vida artificial, formada precisamente por aquellas facultades superiores, y al concretarse el hombre á los fines de la vida orgánica cerebral, lejos de descender intelectualmente, eleva su preponderancia sobre los demás animales, condición hoy muy discutible, y hace de sus facultades una creación de bellezas y de goces, nacidos en nosotros y muertos en los otros seres del reino animal y vegetal, pues al conocer nuestro origen conocemos las cosas que nos rodean, y les otorgamos, no sólo lo necesario á su salud, sino á la nuestra, que lo que en el mundo existe es parte á la vida y á la muerte del hombre, de los animales y de las plantas.

Y, sin embargo, de toda verdad y de toda belleza existe la primera materia. Falta únicamente medio para aprovecharla.

No se puede calcular los millones de años que han estado ocultas fuerzas que ahora aprovechamos, improductivas é ineficaces para aquellas generaciones que no supieron ó no pudieron descubrirlas. ¡Cuántas energías deben escapar á los actuales conocimientos humanos!

Lo que al hombre primitivo le pasó con las existencias naturales propiamente dichas, como el calor, la electricidad, etc., le pasa á esta generación nuestra con las fuerzas que existen ocultas en nosotros, y que no podemos utilizar, por falta, también, de ambiente.

Una célula bien dispuesta para producir y que permanezca inactiva por una causa ó por otra, representa muchas toneladas de hulla ocultas bajo el subsuelo de nuestra costra terrestre, primero, y de nuestra ignorancia después. Y así como no se pueden contar los millones de kilogramos de fuerza que existieron y existen aún olvidados en la Naturaleza por falta de condiciones para aprovecharlos y para descubrirlos, tampoco es posible saber la energía cerebral que el ambiente retiene en la inactividad.

Imposible acabar con las fuerzas naturales, porque éstas, al consumirse, crean nuevas fuerzas. Tampoco es posible concluir con nuestras energías cerebrales, porque en el organismo humano existe una generación continua cuando el ambiente, con sus buenas condiciones, la facilita.

Cierto amigo nuestro nos escribió, apesadumbrado, desde un rincón de España participándonos que por falta de ambiente científico no producía lo que su voluntad anhelaba. La frase era exacta. El organismo humano, en parte ó en todo, según sus funciones, se agota por exceso de trabajo y se atrofia por falta de trabajo. El resultado es el mismo. Para el progreso igual cantidad representa un agotado que un ignorante; sólo que el primero tiene el valor de un capital dilapidado, y el segundo el de un capital improductivo. La falta de ambiente en sí supone la inactividad de un cerebro culto que, para producir, necesita el elemento impulsivo del medio; pero la falta de ambiente en un cerebro cerrado á la luz de la ciencia, significa apartamiento de aquellas condiciones sociales que son parte á la exploración de los mundos celulares que existen en el cerebro humano, como existieron en el planeta mundos que el hombre desconoció por no corto tiempo.

Muchas veces nosotros, no teniendo ideas que exponer, carencia que ya supone también falta de ambiente, hemos cogido un libro, y su lectura nos ha sugerido infinidad de pensamientos que no estaban en las líneas leídas.

Este dato podrá demostrarnos la influencia que en nuestra vida intelectual tiene la conversación, la lectura, el trato con gentes instruidas, etc. Faltando esto, falta el agente provocativo de las ideas, de las aspiraciones y de los problemas, y si además la mayoría de los miembros humanos, por una injusticia social, carecen de educa-

ción, entonces falta asimismo la preparación para asimilarnos, lo que vemos, lo que oímos ó lo que leemos. Los pensamientos que nos sugiere el libro ó la conversación, llevadas á la imprenta, pueden sugerir, al ponerse en contacto con otros cerebros por medio de la lectura, otros muchos pensamientos, y éstos, otros; y así, siendo causa y efecto de ideas otras ideas, se elabora la gran obra intelectual. Calcúlase la pérdida de energía cerebral que representa la ignorancia en que están sumidas la mayor parte de las criaturas, la falta de ambiente en que han de desarrollar su inteligencia los instruidos, y la carencia de goce, de bienestar y hasta de libertad que supone el sueño eterno de tanto cerebro humano que abdica en otros sus prerrogativas de ser racional, de las cuales hacen el uso que vemos en los llamados directores, sabios, científicos y otros pigmeos de sus propias fuerzas.

Por manera, que la sociedad, con los obstáculos que opone á la educación de sus individuos, no sólo representa la malversación de mucha riqueza natural que no hemos podido descubrir, en perjuicio de la producción misma, sino que es la causante de que continúen ignorados *mundos intelectuales que con sus productos facilitarían la vida* y dotarian de mayor velocidad al carro del progreso, encarrilado hoy hacia la naturaleza, y la satisfacción de todos aquellos deseos y necesidades que, contra el parecer de una moral caduca y en desuso, constituyen el por qué de la vida en cuanto son un goce, y la vida misma, en cuanto forma la característica y la esencia de nuestro yo.

FEDERICO URALES.

Sección del Exterior

EVOLUCIÓN DEL DARWINISMO SOCIOLÓGICO

IV

En el interior de toda sociedad determinada existe igualmente la lucha de individuos y clases sobre todos los terrenos de acción que se desprenden del progreso, dicen los creyentes optimistas de la actualidad. No consideremos la tesis del pretendido progreso más que al punto de vista de la lucha económica. En esta lucha, según Spencer, Haeckel, Oscar Schmidt, etc., los más inteligentes y activos triunfan en beneficio de todos. Por el hecho de que todos estamos sometidos á la necesidad imperiosa de ganarnos el pan de cada día, la eliminación de los unos por los otros, nos conduce al progreso, porque con el tiempo no sobreviven más que los activos é inteligentes, cuya suerte mejora sin cesar, y éstos precisamente son los predestinados de su generación. La política de la naturaleza no es la misma que la de la democracia igualitaria; es una política que hace que por la lucha en desigualdad de condiciones surjan sobre la multitud diezmada ó envilecida, las aristocracias triunfantes. Además, bajo el imperio de esta necesidad de luchar para vivir, las empresas mal constituidas con deficientes herramientas y mal servidas desaparecen en beneficio de una actividad superior y un esfuerzo más eficaz, si la dejamos ejercer su acción

sin contrapeso, porque la intervención de los poderes públicos en el juego de las leyes naturales, es incompatible con los intereses de la especie. En una palabra, la competencia favorece el advenimiento de las aristocracias y la perfección de todos los instrumentos de explotación que éstas ponen en movimiento. En estas luchas el dilema es vencer ó morir, y la victoria es del más activo y mejor armado. Esto se llama justicia. (Véase Novicow: *Les luttres*, pag. 482 y siguientes.)

Algunos darwinistas heterodoxos han combatido la hipótesis de las aristocracias por la lucha.

En la sociedad, la interferencia de fuerzas y de condiciones artificiales vicia la acción de la selección natural, viciada también en el campo de las luchas biológicas; pero, sobre todo, es en el seno de las sociedades donde la selección natural obra al revés, contenida por el juego de las selecciones sociales, determinadas por las costumbres, los prejuicios, las creencias, las instituciones y privilegios de toda especie. Se ha demostrado (véase Vaccaro, *La lutte pour l'existence*) que estas costumbres, creencias, prejuicios, instituciones y privilegios, particularmente el privilegio económico, han impedido, tanto en el curso de la historia como de la prehistoria, el que la lucha por la existencia haya producido todos sus efectos. M. Vacher de Lapouge ha señalado con asperza poco común, lo nocivo de la selección económica en nuestra época. En todos tiempos, dice, esta selección ha sido la devoradora de lo bueno; pero en nuestros días, que la lucha es más despiadada y cruel que lo ha sido nunca, la actividad de la destrucción del personal eugénico va creciendo con el desarrollo de la brutalidad de los apetitos y egoísmos.

La fortuna, que en la actualidad es todo y todo lo puede, ha sumido la sociedad contemporánea al despotismo de una plutocracia que la consume. En otro tiempo, ésta solía ser casi siempre patrimonio del talento político, la virtud guerrera ó la autoridad moral; pero hoy encumbra igual á los hombres de algún mérito que á los que no tienen ninguno.

La mayor parte de las causas que han llevado al poder á los aristócratas del dinero son fortuitas: sucesión, buenos casamientos, tráficos sin escrúpulo, etc. De ahí la insuficiencia general de esta clase de medrados que «sirve por su capital, y no por sus hombres», y que nos hacen pagar muy caros los servicios que sus capitales producen á la sociedad. Su parasitismo absorbe la aristocracia de los intelectuales, cuya superioridad no es nada comparada con el prestigio del oro en un siglo en que todo se compra, y además ha producido la calamidad pública llamada funcionarismo, que en una época de luchas innobles y sin cuartel, como la presente, no sirve solamente de refugio á hombres inútiles, sin genio ni audacia, sino que resta á la sociedad buen número de eugénicos, condenados por las necesidades de la existencia á confinarse en el ejercicio estéril de un cargo público.

Otros perjuicios son también imputables á la supremacía del capitalismo imperante; de una parte la dispersión por el mundo de los mejores hombres de una raza, de esas colonias de emigrantes cuya actividad en la metrópoli no les produce lo necesario para vivir, ó bien no pueden ejercer su actividad por falta de ocupación, y que se marchan á buscar en otros países menos inclementes que la tierra en que nacieron un campo de acción donde poder dar curso á sus iniciativas; de otra parte la deserción de la población agrícola, que, huyendo del terruño, se refugia en las ciudades, ó bien prefieren la usura á la explotación de la tierra, confundándose al fin con los vencidos en la lucha, con los residuos sin valor físico y moral.

V

Las selecciones sociales son, pues, funestas (1). ¿Es posible prever los efectos? Tres doctrinas se disputan esta tarea, asegurando sus partidarios que cada una resuelve el problema. El neomaltusianismo, la antropotecnia social y el socialismo. El neomaltusianismo es el que más se preocupa de prohibir ó prevenir, en beneficio de la felicidad colectiva, la superabundancia de la población humana.

La antropotecnia social tiende, sobre todo, á retardar la extinción de la aristocracia de los eugénicos. El socialismo no quiere sacrificar ni braquicéfalos ni dolicoideos, sino realizar condiciones de existencia que faciliten la obra de los fuertes sin que ésta sea una traba para el desarrollo de los desmirriados.

El neomaltusianismo cree que el número de nacimientos debe restringirse para que esté en equilibrio con la cantidad de subsistencias de que la sociedad dispone, y al efecto preconiza con libros y folletos diversos modos de esterilización artificial, sobre los que no debemos insistir. Además quieren que los degenerados, á quienes no pueda obligárseles al celibato porque su degeneración física ó moral no sea bastante evidente, se les prohíba rigurosamente no dejar en la sociedad, después de su muerte, ninguna raíz de sus vicios y enfermedades que perpetúen por la fatalidad hereditaria los sufrimientos y el desorden en la familia ó la sociedad de la que su prole forme parte. Esta doctrina, muy esparcida en Inglaterra y América, apareció en Francia hace algunos años, y se ha formado una Liga de regeneración humana bajo los auspicios de M. Paul Robin.

Los partidarios de la antropotecnia social, también muy numerosos al otro lado de la Mancha y del Atlántico, son todavía más radicales en los expedientes que proponen para llegar á la necesaria fortaleza de la especie por la selección sistemática. M. Vacher de Lapouge es en Francia el profeta de esta doctrina. Hacer ensayos para fortalecer los degenerados es inútil, porque se llegaría por la mezcla y la reversión á resultados negativos. Hay, pues, que reducir á cero su propagación, y para ello aconsejan la secuestración, la castración ó la eliminación pura y simple por decapitación, y si fuera necesario sacrificar ciertas poblaciones y concentrarlos en ellas rigurosamente «donde el alcohol gratis y los lupanares abundantes y hospitalarios», etc., les hicieran desaparecer *tuto cito el jucundo*.

Por si esto no es suficiente para hacerlos desaparecer, en la lucha por la existencia se favorecerá á los individuos superiores por herencia y no por accidente con premios y distinciones, y se les facilitará además matrimonio con mujeres que reúnan condiciones físicas y morales para llegar al fin. El americano Stanley propone asociaciones voluntarias de ambos sexos, con el compromiso anterior de someterse á una dirección técnica para el casamiento. En América y otras partes parece existen grupos de esta naturaleza.

El socialismo, al menos el titulado científico, está en abierta oposición á las objeciones de Haeckel, Spencer y Schmidt, que son reclamo del darwinismo. La lucha de clases es, según ellos, el complemento histórico de la lucha biológica por la vida y Marx es el Newton de la sociología, el Darwin de la historia (Halperine, Engels, Ferri, G. Sorel.)

Lejos de aspirar, como se le reprocha, á realizar la igualdad entre todos los indi-

(1) M. Vacher de Lapouge. *Las selecciones sociales* capítulos IX, X, XI, y XII.

viduos, éste reconoce que la igualdad es incompatible con las leyes de la vida. Lo que sí cree y afirma es que es posible atenuar, y hasta abolir, la selección ciega é inmoral que se efectúa por la competencia sin freno de intereses, asegurando á todos con un fin de justicia social la igualdad del esfuerzo en un mundo más bien ordenado, donde todos los hombres tendrán desde el primer día de su vida condiciones de existencia verdaderamente humanas, en donde los monopolios y privilegios de todo orden no consumirán el manantial de energía é inteligencia, y los capitales de eugenismo, de ese proletariado que la degradación, la pasividad ó el servilismo es casi siempre, según el socialismo, efectos de las contingencias económicas del régimen capitalista. La historia nos demuestra, dice Enrique Ferri (*Ciencia positiva y Socialismo*) que la lucha, por violenta que sea en un principio, para la satisfacción del hambre, de las necesidades genéricas, se hace de día en día más pacífica é intelectual, siguiendo el curso de la evolución, á pesar de ciertos atrasos individuales ó colectivos de la barbarie pasada. Además existe otra ley de evolución, la ley del acuerdo, la de la solidaridad, la del apoyo mutuo, ley que sirve para contrarrestar la fatalidad de la competencia, reduciendo progresivamente las acerbidades de la lucha á medida que se multiplican las subsistencias y los medios para producirlas. El socialismo cree que el aumento de aplicaciones prácticas de la ciencia, facilitará los medios de realizar lo que Elíseo Reclus llama la «Ciudad del buen acuerdo» (1). Sobre esta cuestión escribió hace poco M. Jaurés una página que sentimos mucho no poder citar aquí.

VI

En resumen; el análisis de los fenómenos de selección social, ó debe ser exclusivo de todo finalismo, en el sentido de que los que triunfan, pueblos ó individuos, en la lucha por la existencia, no son necesariamente los mejores ni son los más aptos, ó de lo contrario se llega al pesimismo absoluto si se admite que la lucha, lejos de destruir los débiles en beneficio del progreso de los fuertes como la desaparición de los fuertes en provecho de los medianos ó de los malos y en detrimento de la civilización. El hombre puede, por una práctica razonada y sistemática, regularizar la selección viciada en sus principios y mala en sus resultados por contingencias fortuitas y anormales.

C. FAGES.

(Continuará.)

(1) Almanaque de *La Question Sociale*, 1897.





Juan Grave.

Juan Grave nació en 1854. Hijo de una familia de obreros menesterosos, fué víctima desde la más tierna edad de todos los males que acarrea una existencia mísera, cuya atmósfera asfixia las naturalezas mejor organizadas.

Después de haber adquirido una instrucción rudimentaria, aprendió de su padre el oficio de zapatero, que él mismo ejercía. Dotado de una timidez extremada, asaz perjudicial para sacudir la existencia casera que llevaba, empleó la fuerza de su espíritu en el estudio, buscando en él y en la reflexión, los goces que le negaban su precaria condición y su aislamiento.

Llegada la hora de ingresar en el ejército, entró en él sin entusiasmo y con repugnancia, porque había comprendido ya, en parte, la abyección de ese oficio de esclavo. Le destinaron á Brest, á un regimiento de infantería de marina. Allí la preconcebida aversión al militarismo encontró la causa. No obstante, como todo hombre concienzudo que procura hacer bien todo lo que hace, aun las más ingratas tareas, no fué mal soldado. Cumplió como bueno.

Un suceso imprevisto le libró, al cabo de un año, del servicio militar: su padre había muerto, y Grave fué dispensado de los cuatro años que le quedaban, como sostén de familia.

Helo aquí nuevamente en pugna con la existencia. Al continuar su oficio de zapatero, prosigue sus estudios, y su instrucción, algo desordenada por la ausencia de método, es ventajosamente sustituida por una inteligencia de primer orden, una fuerza de voluntad inquebrantable y una lógica inflexible, que hacen buen conjunto con su invulnerable sentido común.

Como era muy natural, las dificultades de su vida le llevaron á fijarse en las causas de la miseria y sobre sus remedios. Comprendió que á pesar del ardor que desplegaba en su trabajo y á pesar de todos los esfuerzos que hacía para buscarlo, permane-

cía siempre en la miseria; que si alrededor de él veía un sinnúmero de trabajadores en igual situación, era porque los elementos productivos, así como los productos del trabajo, lejos de hallarse á disposición de aquel ó de aquellos que quieren aprovecharse para su consumo ó para su producción, al contrario: estaban en poder de algunos que no autorizan su uso sino mediante el cambio de un valor superior á su valor real.

Al principio fué socialista democrata. Frecuentó las reuniones y no tardó en tomar parte activa en el movimiento que acababa de ser recrudecido por la vuelta á Francia de los deportados y de los emigrados de la *Commune*. Interin (el 12 de Febrero de 1879) veía la luz en Génova *Le Révolté*, fundado por Eliseo Reclus y por Kropotkine. Del Socialismo, Grave pasó al Anarquismo comunista. Más tarde, en 1883, cuando Kropotkine fué expulsado de Suiza, refugiándose en Thonon, donde fué arrestado por el famoso proceso de Lyon, Grave partió para Génova, á fin de continuar la publicación de *Le Révolté*, amenazada de muerte por la prisión de Kropotkine.

Empero, la burguesía, tan patriota en ciertos casos, sabe internacionalizarse á maravilla cuando ve sus intereses amenazados. Ese pequeño periódico de «perro chico», que venía muy calmoso, sin violencias inútiles, sin ociosas declaraciones, diciendo la verdad al pueblo, les pareció un peligro mucho más temible que los ensordecedores ruidos frecuentemente desproporcionados de un sinnúmero de diarios. Comprendió muy bien que el verdadero peligro para ella estaba allí: en una crítica motivada, documentada é implacable de los mentidos principios sobre los cuales descansa la sociedad presente, porque aquella crítica tiene por inevitable resultado la formación de hombres conscientes que ninguna impostura logra doblegar. Resolvióse, pues, en su consecuencia, atajar el mal en su raíz.

Pero ¿cómo? ¿Por la polémica?... La mentira siente una invencible repugnancia por la discusión; sabe muy bien que, al aceptarla, se precipita á una derrota segura.

Por lo mismo, los Gobiernos, que disponen á su antojo de la fuerza armada, estiman ese modo de raciocinar como el más adecuado para sus fines.

Recorre, pues, á la fuerza. No había ningún pretexto... Lo inventaron (1). Los Gobiernos alemán, suizo y francés se entendieron para fraguar el complot. Acusóse á los anarquistas de haber querido volar el Palacio Federal. Se realizaron detenciones.

Grave volvió á Francia, expulsado de Suiza, y continuó en París la publicación de *Le Révolté*. El tiro había fallado. Entonces resolvieron tomar el asunto con más agilidad, acordando herir la caja. So pretexto que *Le Révolté* había publicado en sus columnas una comunicación de un grupo de los *Antipatriotas* que había organizado una lotería sin autorización, condenóse al gerente del periódico á un mes de cárcel y *mil francos de multa*. Esta vez, pensaban, ese molesto periódico naufragará.

Mas, contra la mala fe de los legistas, se lucha con la astucia. *Le Révolté* desapareció, y en su lugar, se publicó sin ninguna interrupción *La Révolte*.

En 1891, Grave, gerente de *La Révolte*, fue condenado á seis meses de cárcel por un artículo contra el militarismo. Durante su prisión en Santa Pelagia, ocupó sus momentos de ocio en escribir una novela contra el ejército, *La gran familia*, que no se publicó hasta 1896. Digna y valerosa respuesta de un hombre irreductiblemente convencido de la justicia y de la santidad de su obra social.

(1) Procedimiento del que han usado y abusado las autoridades del mundo civilizado contra los anarquistas, unas veces con fortuna y otras, al menos *à posteriori*, con desgracia, pero siempre en favor de los principios que trataban de ahogar.—N. del T.

Un año después apareció la primera edición de *La anarquía y la sociedad moribunda*. En este libro, Grave hace una crítica seria y despiadada de la organización social presente, demuestra que no corresponde á las aspiraciones cada vez más precisas de la humanidad y pronostica su próximo derrumbamiento.

Sobrevinieron los acontecimientos de 1893-1894. La bomba que Augusto Vaillant arrojó en el salón de sesiones de la Cámara de los diputados, fué la señal de nuevas persecuciones tan ciegas como encaminadas contra los anarquistas.

El 6 de Enero de 1891, Grave fué arrestado. La inculpación contra ese hombre honrado, leal y probo hasta la timidez algunas veces, formulábase así: «miembro de un sociedad de malhechores.» Sin embargo, el Jurado no podía comulgar con ruedas de molino y, debido á la incertidumbre del suceso, buscóse otro pretexto para retener más tiempo en la cárcel al jefe, al que consideraban jefe de los anarquistas.

Se presentó una ganga. Una nueva edición de *La anarquía y la sociedad moribunda* acababa de aparecer. Encontrándose en la imposibilidad de perseguir la primera edición, publicada dos años antes, porque las persecuciones en materia de imprenta, según la ley francesa, caducan á los tres meses, echaron mano á la segunda.

Grave fué condenado el 20 de Febrero siguiente á dos años de cárcel, y las dos ediciones prohibidas.

Obtenida esta nueva condena, se esperaba que, merced á ella, se lograría mandar á Grave á trabajos forzados con unos treinta anarquistas más, escogidos expresamente de entre los más significados.

Pero una vez hecha la publicidad de las ideas anarquistas y de sus propagandistas, las dilucidaciones propagadas por los periódicos sobre el carácter y la vida de algunos de estos últimos, hicieron comprender al público que los anarquistas no eran esos sanguinarios, malhechores que el Gobierno pretendía y que la pasión política pretendía algunas veces, sino hombres dotados de un grande amor por la justicia y la humanidad.

Por lo mismo, cuando los anarquistas, confundidos con los rateros, comparecieron ante el Jurado, éste se negó á prestarse á la odiosa comedia que se representaba. Hizo la selección entre los anarquistas y los ladrones, condenando á éstos y absolviendo á aquéllos.

Entonces Grave fué trasladado á la cárcel central de Clairvaux, de donde salió, debido á un indulto para los delitos políticos, en el mes de Enero de 1895.

Apenas en libertad, volvió á entrar en la lid. En el siguiente mes de Mayo apareció *Les Temps Nouveaux*, continuación del periódico *La Révolte*. Mientras se ocupaba de la publicación de ese nuevo órgano, Grave desarrollaba su concepción social en varias obras que aparecieron sucesivamente: en 1895, *La sociedad futura*, escrita durante su detención en Clairvaux; luego *La gran familia* (1896), *El individuo y la sociedad* (1897), y, en fin, *La anarquía, fin y medios* (1899).

Sin que se me tache de adulator hacia un amigo, puede decirse de Grave que su consecuencia, su modestia, su inflexible probidad le han proporcionado la estimación de todos los que le han conocido, adversarios ó no. Es, sin ningún género de duda, uno de los más nobles caracteres que se puede encontrar. Hanle tildado de sectario. Quizás lo sea. Mas es preciso buscar la causa, no en una estrechez de espíritu, sino en la firmeza de su convicción y en el temor de ver en senda equivocada la gran causa á la cual ha sacrificado su vida.

ANDRÉS GIRARD.



CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

La necesidad de respirar se produce con una intensidad proporcional á la cantidad de ácido carbónico acumulado en la sangre.

Muchas causas pueden acarrear en el hombre la acumulación de ácido carbónico en la economía. Puede introducirse del exterior por las vías respiratorias, y entonces se observan fenómenos semejantes á los que acabamos de señalar en el perro del experimento. Por este camino es por donde las emanaciones de una bodega, en el período de la fermentación, produce la muerte por asfixia.

Los mismos accidentes pueden ocurrir cuando el ácido carbónico, en lugar de introducirse de fuera en el organismo, se queda detenido en él por un obstáculo cualquiera, que disminuye el poder eliminatorio del pulmón. Por este mecanismo, el niño que muere de difteria sucumbe asfixiado por el ácido carbónico, que no puede ser eliminado en cantidad suficiente por sus vías respiratorias obstruidas.

Por último, hay una tercera causa de acumulación de ácido carbónico en la sangre, por exceso de producción, que es la que acontece durante el ejercicio violento.

Es una verdad demostrada en fisiología que un animal produce tanto más ácido carbónico cuanto más ejercita su actividad muscular. Los trabajos de M. Sanson han probado que en los animales grandes, como el caballo y el buey, la cantidad de ácido carbónico de su respiración normal se duplica y aun triplica cuando se les somete á un trabajo violento; la carrera, por ejemplo.

Se ha comprobado esta mayor producción de ácido carbónico durante el trabajo en todos los animales, incluso los insectos.

Una colmena de abejas contiene veintisiete veces más ácido carbónico cuando el enjambre trabaja que cuando descansa.

En fin, en el hombre se recoge por la respiración en un tiempo dado:

0,35 gramos de ácido carbónico durante el sueño.

0,60 — — — — — sentado.

0,65 — — — — — corriendo.

Además del aumento de ácido carbónico exhalado por la respiración, se comprueba también un aumento en la cantidad de este gas, eliminado por la piel durante el trabajo. Y á pesar de ese aumento de ácido carbónico devuelto por todas las vías, el organismo queda impregnado durante cierto tiempo, después de haber cesado el ejercicio. Si se mata un animal después de un trabajo forzado, se encuentra que sus músculos encierran mucho más ácido carbónico que en el estado normal, y que la

sangre de las arterias se ha ennegrecido y parece, por su composición química, sangre venosa.

Así, pues, cuando un hombre se entrega al trabajo muscular, se produce en todo su organismo un aumento de ácido carbónico. Al ejecutar un trabajo muy violento, se encuentra el hombre amenazado de asfixia, lo mismo que un animal al que se inyecta ácido carbónico en las venas. En ambos casos, la causa de las perturbaciones respiratorias es la misma: el envenenamiento de la sangre por una sustancia tóxica. Solamente que, en el hombre sofocado por el trabajo muscular, el veneno no ha sido introducido de fuera, sino que se ha formado en el propio organismo. Es su producto de desasimilación, acumulado en altas dosis en la economía.

La presencia en la sangre de ácido carbónico en exceso, produce la sensación de disnea. La disnea ó aumento de la necesidad de respirar, produce, como efecto reflejo, un aumento respiratorio. Se entabla una lucha entre el gas tóxico y los órganos eliminatorios, que tienen por misión expulsarlo del organismo. Durante un tiempo más ó menos largo, según la aptitud respiratoria del individuo, el exceso de acción del pulmón compensa el exceso de producción de ácido carbónico, y el malestar es soportable. Pero si aumenta el trabajo, la producción concluye por exceder de la potencia eliminatoria de los órganos; las células pulmonares no bastan para expeler todo el ácido carbónico que la sangre les lleva, y la sangre se acumula. Si en tal momento el trabajo se interrumpe, la producción del gas tóxico vuelve á la cifra normal, se elimina el que contenía en exceso el organismo, y el malestar se disipa. Si, por el contrario, el ejercicio violento se prolonga sin ningún momento de descanso, el ácido carbónico concluye por acumularse en altas dosis, y puede llegar á producir accidentes graves, y hasta la muerte por asfixia.

Tal es la correlación estrecha que existe entre la cantidad de trabajo ejecutado por los músculos, la cantidad de ácido carbónico producido en el organismo y la intensidad de la molestia respiratoria experimentada por el individuo. El trabajo muscular aumenta el ácido carbónico de la sangre, y el exceso de este gas trae el aumento de la necesidad de respirar.

Así se explica la ley que resulta de la observación de los hechos, y que repetiremos una vez más:

La intensidad de la sofocación durante un ejercicio, está en proporción directa del gasto de fuerza que ese ejercicio necesita en un tiempo dado.

La sofocación tiene por causa una especie de envenenamiento del organismo por uno de sus propios productos de desasimilación, una *autointoxicación* por el ácido carbónico. El aumento excesivo de la necesidad de respirar y la exageración de los movimientos respiratorios que se observan en el hombre sofocado por el ejercicio muscular, proceden de la inminencia del peligro de la intoxicación y del esfuerzo que hace el organismo para eliminar prontamente el veneno.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)



DEL AMOR

Querido Antonio:

Tu mal es un mal metódico, casi sesudo, según cómo se presenta, con parecidos caracteres, en edades iguales y en temperamentos semejantes.

¡El mal del amor! ¿Quién no lo padecerá, no lo padece ó no lo ha padecido? Pero si todos hemos de sentir sus efectos, no todos hemos de tomarlos tan á pecho como tú ni en cada individuo han de constituir una enfermedad con vistas á la locura.

Es el sentimiento amoroso una de las manifestaciones orgánicas que más enamorado me tienen por su naturalidad y porque, bien asistido, sería el aderezo más bello de la vida.

Actualmente, en la mayoría de los casos, el amor va acompañado de penas, penas que no resultan del amor mismo, sino del organismo social y del individual. Ambos están enfermos, y como cuando un organismo tiene algún desarreglo funciona de mala manera, los órganos que constituyen la sociedad y los que constituyen el ser humano, funcionan también de pésimo modo.

Hay personas que pueden mitigar en algo las malas condiciones orgánicas de la sociedad, como hay sociedades que pueden mitigar las del individuo; pero cuando se encuentran en conjunción dos organismos enfermos, el desarreglo llega á su grado máximo.

Por lo que de ti me contaron Guerrero y Bernabeu, y por lo que tú mismo me cuentas, te considero capaz de morir de amor y de ser feliz por él, como te creo á propósito para dignificarte por la influencia de un ideal y de volverte loco por esta misma influencia.

Los seres reunimos condiciones de vida ó no las reunimos. En el primer caso, cualquier cosa sirve para endulzar la existencia; en el segundo, para amargarla. Por manera que un mismo afecto, el amor, en unos no es más que una manera de padecer y en otros una manera de gozar. La naturaleza se vale de niñerías para matarnos y para alargarnos los días, y son estas mismas niñerías que en unos producen el milagro de la vida y en otros el milagro de la muerte. He aquí la ley de selección natural que tan magistralmente nos han contado.

Poco ó nada puede influir en tu mal, mal, no por ser amor, sino por ser tú quien lo siente, lo que yo te diga, porque tú, antes que á mis razones, obedecerás á tu temperamento, excesivamente impresionable, y á los nervios, dispuestos siempre á conmoverse, haya ó no haya lugar; pero aunque se eche á mala parte lo que yo diga, no quiero despreciar esta ocasión que me ofrece el placer de decirlo. ¿Entiendes? El placer de decirlo. Así que, en este momento, más que procurar por tu bien, lo que hago es procurar por el mío, pues satisfago un deseo que, al ser satisfecho, me proporciona goces. Es ésta otra manifestación de aquella ley.

Téngome yo por entendido en la materia, á fuer, quizá, de adivinar que en eso jamás se aprende nada; pero no puedo decir, como tú supones, que me haya encontrado en iguales ó parecidas cuitas, porque en el mundo no hay dos personas iguales como no hay dos árboles, como no hay dos flores. Sin embargo, tengo yo mi corazoncito; pero es un corazoncito así: no ama á quien no le ama.

Adivino lo que piensas en este momento: piensas que si yo amara tanto como tú

amas, amaría al objeto de mi amor aunque, yendo en busca de besos, encontrara pellizcos.

No seas bobo, y lee la carta hasta el fin, que has de saber de mí cosas que pocos saben. Quiero demostrarte, para que no cabiles en balde, que nací para amar y que amé desde que nací.

A los ocho años tenía yo una novia como un sol, pero no una novia de esas que proporcionan las comadres del barrio á todos los mocosos de la vecindad, sino una novia elegida por mí y que me daba mayores desazones de las que dió Aspasia á sus numerosos amantes. Sin que *esto* pasara, antes al contrario, aumentando con los años, me hallé á los catorce con un amor derecho y hecho. Los hombres no aman de otro modo. Para convencerte de ello te diré que echaba suspiros á la luna y besos á las flores; que buscaba los sitios solitarios, y pensaba en glorias y venturas; que mi adorada era así como un ángel que hubiese bajado á la tierra para darme á conocer las hermosuras del cielo, y... en fin, todas las zarandajas y triquiñuelas que llevan en sí los amoríos.

A pesar de que mis ojos eran los primeros que los de mi amada vieron todos los días, durante cuatro años, jamás tuve valor para decirle *con los labios*: «este cacho de avestruz se muere por tu palmito», y murió ella para mí sin que se lo dijera. Y ahora viene lo bueno: nunca sentí celos, ni rencor, ni pensé en el suicidio, ni en la venganza, ni la desesperación fué el refugio de mi desdicha, ni me consideré desdichado. Me complacía viéndolos juntos, y cuando podía alcanzar dicha tan grande, imploraba la felicidad de los dos á costa de la mía. Sólo una cosa me apenaba, que él no fuese digno de ella. Este criterio podía ser un producto de mi amor propio; pero aun hoy, después de tantos años, continúo sustentándolo.

Para seguir la narración de mis *placeres* morales habría de contarte cosas que me hacen mérito, y no quiero dar ocasión á que se me diga que aprovecho la que tú me ofreces para hilar por cuenta propia.

¿Has visto la consecuencia? Por si no, hela aquí: yo gozaba en lo que casi todo el mundo ha sufrido; en ver á un sér amado en poder de otro sér. Luego el mal no está en el amor, está en nosotros. Tú, en parecida circunstancia y algo más crecido de lo que yo lo era entonces, piensas en el suicidio. Yo pensaba en la vida propia para poder velar por la dicha ajena; porque he de advertirte que, durante mucho tiempo, antes de acostarme, daba la vuelta por la calle que ellos habitaban para cerciorarme de que no ardía su vivienda, cosa que alguna vez hubiera deseado *para tener el placer de sacarlos de entre las llamas*. Fíjate bien en este romanticismo placentero y tan de buena ley.

Así que, amigo mío, no es el querer la causa de nuestra desdicha; constitúyenla las pocas condiciones de vida que reunimos.

Si yo te considerara capaz de tomar un buen consejo, es decir, de atender más las influencias externas que las internas, te diría: «Hijo, hazte cargo que se ha muerto, y á los tres meses le habrás dado sucesión». ¿Crees que no? No puedes creer otra cosa. Lo mismo hacen todas las viudas, y, la que más adoraba á su esposo, no pudo esperar que la tierra de la tumba se secara por sí sola para rendirse á un nuevo galán.

Lo demás es mentira, hipocresía. La vida es olvido de todo lo que sea contrario al goce y á las pasiones, y aquel que es capaz de suicidarse por amor á una mujer que le desdigna, que no dé de sus penas la culpa al amor, que la dé á su enfermedad.

He aquí cómo, para demostrarme que eres digno de vivir y que *puedes* vivir,

has de olvidar á la que, sin querer, te ha inspirado la pasión que te trastorna.

Además, y ahora acordémonos del ideal; el respeto á la voluntad ajena se demuestra, también, no cohibiéndola con manifestaciones de sufrimiento ni de disgustos. Si estos sufrimientos llegan al punto de constituir una manía suicida, entonces la coacción moral se convierte en amenaza, y los que no tienen fuerza suficiente para olvidar á las que no les amen, tampoco tienen derecho á amargar la existencia de aquellas criaturas que no son parte á nuestras debilidades de carácter ni tienen directa participación en el amor que nos inspiran.

Es así que si tú eres, como creo, partidario del amor libre, no has de intentar cohibir el amor ajeno, ni por la fuerza de los arrebatos que aquel amor puede ocasionar en ti, ni por la fuerza de las dolencias que puede originarte. De muchas maneras se puede ejercer de tirano, hasta actuando de víctima, siéndolo realmente, y los que, como tú, son tan amantes de la libertad, conviene procuren que todos sus actos estén en relación con el ideal.

Tu amigo que de veras te aprecia, y que de veras te desea lo que es menester para olvidar y huir de lo amargo, y para recordar y acercarse á lo dulce.

J. MONTSÉNY.

ZOLA EN LONDRES

La historia de los once meses de emigración del gran escritor francés
contada por Ernesto A. Vizetelly.

CAPÍTULO PRIMERO

Zola abandona á Francia.

Desde los últimos días del mes de Julio de 1898 hasta fines del siguiente Agosto fué motivo de telegramas y sueltos en la prensa esta pregunta: ¿Dónde está Zola?

Las más extrañas suposiciones se formaron respecto al paradero del eminente novelista, circulando los más contradictorios rumores.

El 18 de Julio fué cuando Zola fué juzgado en rebeldía en Versalles y condenado á doce meses de prisión por el supuesto delito de haber agraviado en su carta *Yo acuso* al tribunal militar que absolvió al comandante Esterhazy. Y en la tarde del día 19 varios telegramas de París señalaban su desaparición.

La mayor parte de éstos afirmaron que había ido á viajar por Noruega, lo que el corresponsal del *Daily News* consideraba muy acertado por parte de Zola, dado el calor tropical que hacía entonces en la metrópoli.

El 20, sin embargo, dijeron los telegramas que Zola había salido de París en la tarde anterior en el exprés de las 8,35 para Lucerna, acompañado de su mujer y una doncella.

Esto decían los diarios de la mañana; en los de la tarde se agregaba que después de comer en un restaurant de París había enviado á un camarero á la estación del

ferrocarril del Este por dos billetes, uno para él y otro para un amigo. ¡Llegándose hasta decir el número de los mismos!

Otro telegrama aseguraba, sin embargo, que habiendo sido reconocido por un pasajero, se sabía que había dejado el tren antes de llegar á la frontera suiza, continuando alegremente su viaje en biciclo.

Pero otro corresponsal de periódico calificaba lo dicho de invención, y aseguraba, bajo palabra de honor, que Zola se había ido á Holanda, pasando por Bruselas.

El 21 de Julio se dijo de nuevo que el punto de su destino era Noruega; pero eran tan grandes los esfuerzos que se hacían para armonizar tantos rumores encontrados, que llegó á convenirse en que se dirigía á su destino pasando por Suiza, Luxemburgo y los Países Bajos. Su mujer, según afirmaban los *reporters*, le acompañaba, y ambos atravesaban sierras y valles en sus biciclo al recorrer los países mencionados.

Dos días después se declaraba que se le había reconocido en un café de Bruselas, de donde había tenido que huir á causa de las amenazas de los parroquianos, que se habían encolerizado «ante la vista de semejante traidor».

Reapareciendo en Antiverp, donde fué también reconocido y donde se embarcó rápidamente en un vapor destinado á Cristianía.

No obstante, el 25 de Julio el *Petit Journal* manifestaba autorizadamente que todas las noticias publicadas hasta entonces eran erróneas. Hallándose Zola, según este diario parisiense, oculto simplemente en los alrededores de París, esperando una oportunidad para llegar de noche al Havre y embarcarse para Southampton; pero, afortunadamente, en la Prefectura de policía se conocían sus planes, y al hacer un movimiento cualquiera sería preso.

Aquella misma mañana nuestro mismo *Daily Chronicle* anunció la presencia de Zola en un hotel de Londres, y al día siguiente el *Morning Leader* se encontraba dispuesto á afirmar que el hotel en cuestión era el de Grosvenor.

Ambos tenían razón; pero como yo había recibido instrucciones terminantes para contradecir todo rumor referente á la llegada de Zola á Londres, lo hice así, por medio de la Prensa Asociada. Reconociendo ahora francamente que engañé, tanto á ella como al público; pero las razones que me impulsaron á obrar así eran de peso, y de ellas me ocuparé más adelante.

Ahora sólo debo decir que el interés de Zola era, en mi concepto, de mucha más importancia que las exigencias de la pública curiosidad, por halagadora y bien intencionada que ésta fuera. El contradecir la Prensa Asociada aquellas noticias dió por resultado renaciesen las referentes á Noruega y Suiza.

Muchos diarios, aunque adhiriéndose á lo manifestado respecto á la estancia de Zola en Londres, agregaban que después había salido de Inglaterra con su mujer, dirigiéndose á Hamburgo.

Y así continuó el juego alegremente.

Se dió cuenta debidamente de su llegada á Hamburgo y de haberse embarcado en el *Capella* para Bergen, anunciando su llegada á este punto la Agencia Reuter; partiendo después se puso en camino para Trondhjem, desde donde en pocos días lograría reunirse con su amigo Björnstjerne Björnson, el novelista, en las posesiones de éste en Aulestud, en el Gudlirundsdalen; aunque Björnson se hallase precisamente en Munich aquellos días, esto no fué tomado en consideración por los periódicos.

Hasta tal punto se aceptó generalmente, que se dijo que Zola había pedido audiencia al emperador Guillermo, que se hallaba á la sazón en Noruega, quien se negó

resueltamente á ello, por no hacer nada que pudiera causar mal efecto en Francia.

Como ya he dicho, la única noticia verdadera (en lo que á la prensa de Londres se refiere) era la de los dos diarios antes referidos; pero aun así, en los detalles dejaban mucho que desear. Por ejemplo, la señora tomada por la mujer de Zola era la mía, que casualmente es también francesa.

Más tarde el *Daily Mail* dió en el clavo, notificando la presencia de Zola en el Hotel Vatlands Park; pero como habían resultado falsas tantas noticias, el *Mail* no tenía seguridad respecto á la exactitud de sus informaciones, y la forma dudosa en que se presentaban no las dejaba hacer mucho camino.

Al fin se llegó á un periodo de relativa tranquilidad, y aunque algunos señores periodistas pretendían á todo trance que yo les diera alguna luz respecto á su paradero, nada nuevo apareció en la prensa referente á este particular, hasta que el corresponsal del *Times* en París, Mr. de Blowitz, mandó á su periódico, á principios de año, una relación muy detallada y divertida de la huida de Zola y su vida en la emigración. En esta narración se encuentra á la señora de Zola dándole á su marido una bata de dormir para su peligroso viaje por el extranjero, y ocultando cuidadosamente entre sus ropas billetes de Banco.

Después se dice que, con una hoja de papel en la mano, el novelista ha cruzado á Londres, pasando de un policía á otro, hasta tomar el tren para un pueblo del condado de Warwick, donde fué reconocido por una niña, hija de un posadero, que había visto su retrato en un periódico.

Se decía también algo respecto á haber hecho conocimiento con el cura de la localidad y otros muchos detalles que, reunidos, contribuían á formar una novela tan bonita como los lectores del *Times* seguramente no habían saboreado en muchos días. Pero aunque excelente bajo el punto de vista novelesco, su información era, desgraciadamente, errónea.

No era posible poner en duda su buena fe; pero siendo algunos de los amigos de Zola algo aficionados á bromas de buen género, era evidente que se le había tendido un lazo al diestro corresponsal del *Times*, quien, en un momento de descuido, había caído en él.

Respecto á los incidentes que inmediatamente precedieron la salida de Zola de Francia, seré breve; sólo los conozco por referencias del mismo interesado y su mujer; todo lo demás lo he sabido directamente, puesto que una de las primeras cosas que Zola hizo al llegar á Inglaterra, fué el comunicarse conmigo y ponerse á mi disposición.

Lo que sigue es, pues, un relato sencillo y sin rodeos; primero, de los pasos dados por mí sobre este asunto, en unión de un amigo que es procurador de profesión; y segundo, de los principales incidentes que marcaron la estancia de Zola en Inglaterra.

A la crónica de incidentes he unido una relación de las opiniones de Zola sobre cuestiones de interés general, según me las comunicó en varias ocasiones. Pero, últimamente, como él escribirá sus propias impresiones privadas, no penetraré en ese terreno. Sólo al haberme dicho que su libro respecto á impresiones inglesas no ha de aparecer antes de un año (caso de que lo escriba), es debido la publicación de estas líneas.

Las verdaderas circunstancias que concurrieron en la salida de Zola de Francia, son las siguientes: El 18 de Julio, día fijado para la vista de su segundo proceso en Versalles, abandonó á París en un carruaje alquilado al efecto en cincuenta francos,

acompañándole su fiel amigo el pintor Fernando Desmoulin, quien, con un revólver cargado siempre en el bolsillo, había ya actuado eficazmente con motivo del gran proceso de París.

Se llegó á Versalles á su debido tiempo, y los procedimientos judiciales empezaron en condiciones que ya se han referido lo bastante para no tener necesidad de repetirlas. Cuando Zola se retiró de la Audiencia, dejando que lo juzgasen en rebeldía, se reunió con su defensor, Labori, y ambos volvieron á París en el mismo carruaje que había traído al primero, montando Desmoulin en otro coche.

Todos fueron á la residencia del célebre editor Gorje Charpentier, en la avenida del Bosque de Bolonia, á donde pronto se le reunieron la señora de Zola, Clemenceau y muy pocas personas más. Siendo entonces cuando se le hizo ver á Zola la necesidad de dejar á Francia, quien, á pesar de no encontrarlo de su gusto, manifestó su conformidad.

Las razones presentadas en favor de su marcha al extranjero, eran las siguientes: Debe hacerse todo lo posible para evitar el cumplimiento de la condena pronunciada contra él en rebeldía, puesto que el Gobierno estaba deseoso de encerrarlo en la cárcel y ahogar así su voz.

Si esto sucedía, la ley sólo le concedía tres días para demandar la revisión, y como ya no podría ser de nuevo juzgado en rebeldía y no podía contar, á tal altura, con nuevas y decisivas evidencias en su favor ó con un cambio de táctica por parte de los magistrados, esto implicaría la pérdida absoluta é irrevocable del proceso.

Por otra parte, al evitar el cumplimiento de condena se conservaba el derecho de reclamar una nueva vista del proceso en el momento que se juzgase oportuno; y de este modo, no sólo se evitaba la terminación del proceso en su contra, convirtiéndose en *cosa juzgada*, sino que su determinación contribuiría á mantener en pie todo el asunto Dreyfus y pendiente de revelaciones que, aun entonces, ya se preveían.

Y, naturalmente, Inglaterra, que tan liberalmente da hospitalidad á todos los refugiados políticos, fué elegida como el lugar más apropiado para pasar la emigración.

La graciosa historia de la bata de dormir llevada debajo del brazo y de los billetes de Banco cosidos entre el forro de la ropa es, por supuesto, puramente imaginativa. Sólo recogió algunos artículos de tocador de lo más indispensable y su mujer vació su bolsa en la suya.

(Se continuará.)

(Traducido del inglés por Fermín Salvochea.)





SECCIÓN LIBRE

INDIFERENTISMO

El individuo que sólo sale de su indiferencia cuando el látigo autoritario lacera sus carnes, es una rueda oxidada y mohosa que sólo sirve de estorbo á la gran máquina del progreso.

Al leer hoy en la historia del pueblo las páginas de ayer, y al registrar en ellas, entre muchos puntos negros, el yugo de los derechos feudales, y el inmoral y repugnante derecho de pernada, no parece sino que, en vez de asuntos históricos, se trate de fantásticas leyendas, creaciones de imaginaciones exaltadas.

Y, sin embargo, todos sabemos que es histórico, real, positivo; pero que á todos nos parece extraño que descendientes de aquellas tribus de las razas celta é ibérica, fenicias, griegas, de esa infinidad de razas que eran todas de instintos enérgicamente guerreros é independientes, acabaran después de algunos siglos, cuando ya se infatuaron creyéndose bastante civilizadas, trocaron las energías por indolencia, la sencillez por la sagacidad, el amor por la hipocresía, la instrucción por dogmas religiosos á cual más absurdos, y sólo se quedaron del legado intelectual de sus antepasados el derecho de conquista. Legado que ha llegado hasta nosotros, algo así como si quisieran ó quisiéramos pisotear al débil, imperando en todas partes la ley del más fuerte.

De ahí vino, y sigue, el embrutecimiento orgánico social, con el atenuante de que en las páginas de ayer se observan ríos de sangre, que es el despertar de una generación que se había dormido en el lecho de la glacial indiferencia y al salir del hielo que tenía amodorradas sus energías, se reaccionaron al calor de la dolorosa opresión que les producía la humillante cadena de la esclavitud.

Que hubo miles de víctimas para alcanzar la demolición de la difamante cadena, nadie lo duda. Todos sabemos que ante el edificio del progreso hay un abismo que recoge la sangre generosa de las víctimas inocentes que cometen el delito de anteponer la fraternidad universal á su propio instinto de conservación, á su principio vital.

¿Pero y qué habría sido de nosotros si no existiera esta preciosa sangre que se convierte en higiénico oxígeno, único elemento que nos sana la atmósfera y nos preserva de morir asfixiados?

Ella se ha convertido en rico manantial y brinda su copa de ferruginoso néctar al débil y anémico, que sintiendo que sus fuerzas se bambolean, siéntese hambriento de justicia y sed de transformación social, y después de haber apurado el sustancioso líquido, vuelven á vigorizarse sus energías, operándose dentro de su organismo una revolución, la única revolución práctica é indispensable para llegar á la perfección humana: la revolución intelectual.

Sin esta operación orgánica, el individuo no es un sér pensante que aspira á los

derechos y deberes que por ley de natura tiene concedidos en la sociedad; es solamente una masa más ó menos compacta, especie de adormidera que se interpone en el camino de la civilización.

De ese aniquilamiento, de esa falta de fuerzas orgánicas viene el indiferentismo, el crimen más inicuo que puede cometerse de lesa humanidad.

Porque, al fin, una idea podrá ser errónea, ó más ó menos bien fundada; pero ella demuestra que se agita algo dentro del cerebro; y el hombre que sustenta un ideal, si sus aspiraciones son desinteresadas y sólo las guía el amor al bien colectivo, en cualquier esfera que esté, resultará siempre un obrero laborioso que planta su arbola do, á su entender, para producir el oxígeno social.

Pero el individuo que sólo se mueve á impulsos de su egoismo y que su inteligencia sólo la utiliza por esfera de su estómago, siéndole indiferente el mal ajeno, es indigno de la consideración y respeto del trato humano. He aquí, débilmente demostrada, la grande responsabilidad en que incurre el individuo que, encerrándose en la esfera de su hogar, cree cumplir con su deber, dejando que la sociedad se hunda con tal que él, sin fundamento, crea que su casa quedaría en pie.

Para unir nuestra fuerza á la de esos elementos que emplean todas sus energías en la hermosa obra de hacer despertar al pueblo que se empeña en ser *masa*; á esa *masa* nos dirigimos rogándole que atienda nuestra súplica y, saliendo de su estupor, convierta esas materias deletéreas de que hoy forma parte en rico adobo para el cultivo del fructífero árbol social.

FRANCISCA ROVIRA DE FORN.

Barcelona.

PELIGRO SOCIAL

¿Se ha disipado ya todo peligro social?

¿La sociedad puede estar completamente tranquila? ¿No le subirá la sangre á la cabeza? Que medite como respira.

La apoplejía no es de temer, pero la tisis sí.

La tisis social es la miseria; lo mismo se muere minado, que aplastado.

No debemos cansarnos de repetirlo, sobre todo en la multitud desheredada y dolorida; consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener, como Briarco, cien manos que tender por todas partes á los débiles y á los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el deber y haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la saciedad á la necesidad; en una palabra, hacer despedir al aparato social en provecho de los que padecen y de los que ignoran; más luz y bienestar; tal es, y no lo olviden las almas simpáticas, la primera de las obligaciones fraternales; tal es, y sépanlo los corazones egoístas, la primera de las necesidades políticas.

Y, dígamelo también, todo ello no es más que un principio.

La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistiré más por hoy sobre este particular.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad se llamará previsión.

El acrecentamiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material.

El saber es un viático; el pensar es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo.

Una inteligencia falta de saber y de reflexión, se debilita.

Compadezcamos como á los estómagos á los espíritus que no comen. Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que se muere de hambre de luz.

El progreso entero tiende hacia la solución de esos grandes problemas.

Llegará un día en que todo el mundo se asombre.

El género humano, subiendo siempre, conseguirá que las capas más profundas salgan naturalmente de la zona de la desgracia.

La desaparición de la miseria se hará por una simple elevación de nivel.

No es cuerdo dudar de esa solución bendita.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida, por desgracia y vergüenza nuestra, sobre todo en estos momentos en que escribo estas líneas.

Este rejuvenecimiento de un cadáver es cosa sorprendente. Anda y se acerca, parece triunfar más que nunca; ese muerto es un conquistador. Lleva consigo una legión, las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia: en poco tiempo ha ganado batallas, avanza, amenaza, se ríe, y está á nuestras puertas.

En cuanto á nosotros, no por eso desesperemos. Vendamos el terreno paso á paso.

Nosotros, los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso posible de ideas, como no lo hay de ríos.

Pero que reflexionen los que no quieren el porvenir.

Diciendo *no* al progreso, no es el porvenir lo que condenan, sino á sí mismos.

Le crean una enfermedad sombría; se inoculan el mal de lo pasado.

No hay más que una manera de negarse al *mañana*; morir.

Pero nosotros no queremos ninguna muerte; la del cuerpo lo más tarde posible, la del alma nunca.

Sí, el enigma dirá su palabra; la esfinge hablará; el problema se resolverá.

Sí, el pueblo bosquejado por los siglos XVIII y XIX será acabado en el siglo XX.

¡Quien lo dude será un idiota!

La perfección futura, el estado próximo del bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos están regidos por inmensos impulsos simultáneos que los conducen á todos, y en un tiempo dado, á un estado lógico; es decir, al equilibrio, ó mejor, á la *equidad*.

Una fuerza terrena y celestial á la vez surge de la humanidad y la gobierna; esta fuerza hace milagros; para ella los desenlaces maravillosos no son más difíciles que las peripecias extraordinarias.

Pues todo se puede esperar de ese misterioso poder del progreso, que el mejor día pone al Oriente frente al Occidente.

Entre tanto, no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias.

La filosofía social es esencialmente la paz y la ciencia; tiene por objeto, y debe tener por resultado, el disolver las iras por medio del estudio de los antagonismos. Examina, escudriña, analiza, y después recompone; procede por ira de reducción, separando siempre el odio.

Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre hombres, lo hemos visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de imperios y pueblos; costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el día menos pensado ante lo desconocido, ante el huracán que pasa y lo arrastra todo.

Las civilizaciones desaparecen unas tras otras, á veces.

¿Por qué? Lo ignoramos.

¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos.

¿Habrían podido salvarse esas sociedades? ¿Fue culpa suya?

¿Han alimentado algún vicio fatal que las ha perdido?

¿En qué cantidad entra el suicidio en esas muertes terribles de una nación y de una raza? Cuestiones son todas ellas sin respuesta.

Hacían agua, puesto que se fueron á pique; no hay, por lo tanto, nada que decir.

Y vemos con singular asombro, en el fondo de ese mar que se llama lo pasado, detrás de esas olas colosales que se llaman siglos, cómo van zozobrando esos inmensos buques, Babilonia, Roma, y Dios sabe cuántos más habrá bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de la obscuridad.

Pero esas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos luz.

Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas, pero conocemos las enfermedades de la nuestra; en todas partes tenemos sobre ella el derecho de la luz: contemplamos sus bellezas y ponemos al descubierto sus deformidades.

Donde tiene un dolor le sondeamos, y, contenido el padecimiento, al descubrimiento del remedio.

Nuestra civilización, obra de veinte siglos, es á un tiempo un monstruo y un prodigio; merece bien la pena de que se la salve. Y se la salvará.

Consolarla, es ya mucho; iluminarla, es algo más.

Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben converger hacia ese mismo fin.

El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilización.

Esta auscultación es un estímulo, y bajo la mortalidad social se descubre la inmortalidad humana.

Porque haya un volcán que se abra, el globo no muere.

Los males del pueblo no matan al hombre.

Y, sin embargo, al estudiar la especie de clínica social, se tiembla á cada instante.

Los más fuertes, como los más sencillos, como los más lógicos, todos tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará el porvenir? Nos hacemos todos esa pregunta. ¡En esas horas de abatimiento se advierten tantas sombras terribles que nos rodean por todas partes!

Sombras colocadas frente á frente de los egoístas y de los miserables.

Del lado de los egoístas están las preocupaciones, las tinieblas de una educación rica; embriagados, aturdidos por la prosperidad que asombra, tienen el temor de padecer; el yo es tan grande, que cierra por completo las puertas del alma.

Del lado de los miserables la ambición, la envidia, el odio que se produce viendo gozar á los demás, las sacudidas profundas de la fiera humana hacia el hartazgo; corazones llenos de obscuridad y de bruma; la tristeza, la fatalidad, la necesidad, la ignorancia, sobre todo, impura, sencilla.

¿Se debe continuar con los ojos clavados al cielo?

El punto luminoso, que es él, se distingue; ¿es de los que se apagan?

Es horroroso ver así lo ideal perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante; pero rodeado por negras y grandes amenazas, monstruosamente amontonadas en derredor suyo; y, sin embargo, no corre más peligro que el que corre una estrella entre las fauces de una nube.

MARÍA M. DE AGUILERA.

Málaga.

DEUDAS

El crédito de nuestra Hacienda está agotado.

Nuestra deuda, absorbiéndolo todo, es una negación del movimiento de la vida material, y corriendo parejas con ella y sirviendo de tipo y norma á la misma, está esta otra más honda y profunda: *nuestra deuda moral*.

Cuando el individuo social de costumbres relajadas adquiere deudas sobre deudas y no da satisfacción á ellas cuando aún éstas le permiten hacer honradamente efectivo el pago, está aún en condiciones fáciles de sustraerse al corruptor sistema de vivir *trampa adelante*, cortando ó atajando el mal á tiempo; pero si, dejándose envolver en él, adquiere proporciones insuperables la trampa, ¡pobre de él y los suyos. Perecerán, sin duda, víctimas del abandono y la miseria.

Pues bien; nuestra deuda moral está bien claro que sigue paralela á la material, y necesita liquidarse de la misma manera para no caer en la honda sima. Basta pararse un poco á meditar sobre tan palmaria verdad y observar cuán cierta es, por desgracia, nuestra ruinosa situación. A semejanza de los conglomerados, en nuestro continuo rodar nos apropiamos las mil distintas combinaciones materiales que hallamos al acaso, formándose nuestro cuerpo quebradizo y sin consistencia...

¿Por qué medio salvarnos? Yo, en mis largos soliloquios, he podido adquirir una convicción: la de que es posible, mediante un supremo esfuerzo... Hágase, pues.

La maravillosa *panacea* que ha de curar todos los males sociales es *dirigir nuestra vista á nosotros mismos*, analizando íntimamente nuestras deficiencias y desentrañando todo aquello que nos veda hacer un analítico reconocimiento de las partes todas de que se compone el sér volitivo, engendrador de todo lo grande y asimilador también de lo más pequeño, por virtud de la falta de acción de la voluntad.

Requiere esto, en primer término, penetrarse bien de esta gran verdad, y una vez comprendida, acometer sin vacilación y con ánimo resuelto la empresa salvadora que ha de dejarnos limpios de errores, que sólo venir pueden mientras el abandono del estudio de las cosas lo consiente.

¿Qué estado ha de preceder á esta fecunda labor?

El de *extrañamiento*, es decir, repito: *volver la mirada á nuestro interior*, reconcentrando toda nuestra atención á apreciar con profundo análisis la realidad; aislándo-

nos de todo lo externo en cuanto nos lo permita la apremiante necesidad de los negocios ú ocupaciones precisas al sostenimiento material de la vida.

Sin esta condición es difícil conseguir el precioso fruto deseado.

MARÍA LOSADA.

Salamanca.



PENSAMIENTOS

Consultar á la conciencia es consultar á un criterio evolutivo, convencional y sujeto á las preocupaciones.

El pueblo no sabe ver á las personas que le aman. Se entrega á los que se le presentan, ambiciosos y embusteros. Quizá sea una desgracia que el saber y la modestia se alberguen en un mismo ser.

Si antes de hablar mal de alguien pensáramos en lo que hemos hecho ó en lo que somos capaces de hacer, es muy posible que calláramos.

¿Por qué hoy hay diversidad de pareceres sobre un mismo asunto? Porque hay diversidad de intereses.

El honor ha venido á ser un producto de las nociones de esgrima; ya sólo lo tienen los que saben manejar bien un florete.

El saber hace modesto al individuo, porque, á medida que aprende, descubre la grandeza de su ignorancia.

La libertad descubre las dotes y los defectos del hombre. Es bueno conocerlos: á los primeros, para educarlos; á los segundos, para corregirlos.

Nacer es contraer un compromiso con el progreso; luchar es cumplirlo.

La rebeldía, hoy por hoy, es la manifestación del hombre justo.

URALES.

LA REVISTA BLANCA

Sociología, Ciencia y Arte.

La colección de esta Revista, que compone un volumen de 700 páginas, con los grabados y biografías de Bakounine, Zola, Sebastián Faure, Pí y Margall, Koch, Proudhon, Luisa Michel, Gerardo Hauptman, Víctor Hugo, Tolstoï, Ibsen, Malato y de otros artistas, científicos, sociólogos y revolucionarios, puede adquirirse en esta Administración por 4 pesetas.





TRIBUNA DEL OBRERO

EL HAMBRE

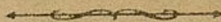
Uno de los factores que dan más contingente á la revolución que se aproxima, es, sin disputa, el hambre. Y sus consecuencias no tardarán en dejarse sentir en todo el mundo, á la manera de esos fatales cataclismos que todo lo destruyen, no dejando tras de sí otra cosa que el recuerdo del momento histórico en que tuvieron desarrollo.

El hambre, producida por el egoísmo capitalista, se extiende y desarrolla haciendo rápidos progresos, y á pesar de los múltiples esfuerzos que para contenerlo verifican filántropos, sus fatales consecuencias se imponen á todos los recursos imaginables, llegando á constituir el factor más temible por lo poderoso. Todos los días leemos catástrofes producidas por el hambre; por todas partes, donde quiera que extendamos nuestras miradas, no vemos más que... miserias.

El hambre se apodera de los hombres en la flor de la vida, obligándolos á pedir por caridad, una moneda que no pudieron alcanzar ofreciendo sus brazos para el trabajo. Vemos ancianos y ancianas, encorvados los cuerpos, caídas las frentes, enjutos, arrugados y tímidos, implorando, de la mañana á la noche, un mísero socorro para sus desdichas á la fastuosa esplendidez de la burguesía con todas sus opulencias. Pero esas miserias producidas por el hambre en la calle, que son común asqueroso grano de lepra social, que hacen volver los ojos con repugnancia y revolver el estómago con asco, esas desnudeces de las calles y plazas son cuadro de gran belleza y frescura comparados con los cuadros que se desarrollan en el hogar. Allí, en las desmanteladas bohardillas, abiertas á todos los vientos, ó en la caverna oculta á la luz, es donde hay que contemplar la mísera existencia del proletario. Proletarios, hay que rebelarnos contra ese mundo que á tan dura condición nos sujeta. Abracémonos á la bandera del progreso, y, en lugar de orar, empuñemos la antorcha de la revolución social.

ANTONIO DOMÍNGUEZ.

Ríotinto.



LA CUESTIÓN SOCIAL

Uno de los problemas de más trascendencia y más arduos es el que anuncia el epígrafe, precisamente porque es el llamado á poner á la especie humana en armonía y contacto con los agentes naturales.

Los políticos y economistas más radicales tratan de buscar la solución del PAVO-

roso problema social creando un Estado donde el individuo sea remunerado conforme á su trabajo, pero guardando para ellos la dirección de este Estado.

Estos señores, por lo que á simple vista se ve, tratan de poner límites á la acción individual con un nuevo sofisma, sin atinar que esto es tan imposible como que los astrónomos y los geólogos pongan trabas á las revoluciones físicas.

La cuestión social se resolverá por medio de la libertad absoluta, pues mientras haya leyes habrá directores, y mientras haya directores el problema social ó sea el económico, no estará resuelto, porque la ley engendra el poder y el poder la autoridad.

JUAN HARO.

Algeciras.

LA CAMPANA DEL CASTILLO

A corta distancia de la fortaleza maldita, y protegido por la sombra de un árbol, paréme á contemplar el bellissimo panorama que, dominado por tan elevada altura, presenta Barcelona. Ocupada mi imaginación por acontecimientos dolorosos, senti una pesadez en la cabeza y un ligero adormecimiento se apoderó de mí.

Lar caricias de un aire puro dulcificaban un tanto mi sueño, encaminado á cavilaciones de colores subidos, viniendo á interrumpirme al poco rato un sonido metálico; era la campana de Montjuich, que marcaba las once de la mañana. Abri los ojos, y concluída la sonora misión, todo quedó en silencio. En mis oídos aún timbraba el eco lejano de aquella vibración, y el pensamiento, á quien nada detiene, fijóse en la espantosa producción de días tan amargos que habría llevado al ánimo de tantos inocentes aquel regulador del tiempo, anunciándoles una hora siniestra que se aproxima. Libertad pasada, recuerdos de familia, amor á la vida, todo había sido interrumpido por el golpe marcador. Aquel aviso anunciaba la repetición de dolores insufribles para unos, el fin de su existencia para otros, una amenaza indescifrable para los restantes y una miseria general para las familias de tantos acusados que, separadas violentamente de los que con su trabajo daban vida, hallábanse devoradas por el hambre y avergonzadas por la mancha criminal que se les había impuesto.

Esposas amantísimas, hijos de todas edades, seres en embrión, todos sufrían el mismo castigo de una mal tramada calumnia. Las hazañas de Montjuich, llevadas á cabo por unos cuantos desnaturalizados, han repercutido en la conciencia universal, y una maldición justa ha caído sobre aquellos muros de guerra, en cuyas entrañas, y sin más testigos que las víctimas, se han llevado á la práctica serios ensayos de una renaciente Inquisición que se propone ahogar el progreso natural de las ideas modernas. ¡Vano propósito! ¡Ilusión engañosa! Aplicar tormentos, oprimir conciencias, atropellar libertades, equivale á luchar contra la naturaleza, logrando á la vez llamar la atención de los indiferentes, y, por lo tanto, engrosar la fila de la causa redentora.

Interesados en la tortura y el martirio, proseguid vuestra insaciable sed, y la humanidad os tendrá que agradecer la precipitación de esa infalible fecha predestinada á romper todas las cadenas y á disolver todos los fanatismos para que la ley

del sacrificio hunda para siempre las mazmorras de aquella fortaleza, privando de herir nuevos ánimos con sus latidos fúnebres la campana del castillo.

JUAN DÍAZ.

Barcelona.

LA RELIGION

La ignorancia es la base de la religión. En aquellos lóbregos tiempos de la intolerancia los religiosos de todas las divinidades dedicábanse á la persecución de herejes.

Nunca un espíritu lúcido y generoso admite ninguna religión, porque no tiene cabida donde hay luz. Por este motivo, mientras ella exista la emancipación es imposible.

Si anheláis, proletarios, vuestra felicidad, desechad aquellas absurdas máximas que obstruyan vuestros espíritus, y no admitáis lo *inadmisible*. Entonces, si no la felicidad completa, alcanzaréis el respeto moral de vosotros mismos y seréis dignos de llamarnos humanos.

M.

Tánger.

POR LA PROPIEDAD PRIVADA

Por ella tenemos dioses, Estados y patrias; fronteras, ejércitos y guerras; cuarteles, cárceles y presidios; hospitales, iglesias y conventos.

Por la propiedad, tenemos holgazanes vestidos de seda y haraganes vestidos de oro.

Tenemos papas, y reyes, y presidentes, y ministros, y diputados, y gobernadores, y alcaldes, y alguaciles, y municipales, y guardas de consumos; tenemos jueces, notarios, abogados y escribientes; jesuitas, frailes, curas y monjas.

Por la propiedad, existen tabernas, casas de juego y lupanares; ignorancia, miseria, suicidas, crímenes y robos; odios, rencores, enfermedades y vicios.

¿Y no sabremos desprendernos de ella cuando tantos perjuicios nos acarrea y cuando tales monstruosidades fomenta?

M. MORATÓ.

Arenys de Mar.

